

# *Invisible, anómalo, imprevisible: construcciones literarias sobre los ataques en puentes y calles de la ciudad de Londres en este nuevo milenio*

LARA, Marcelo / UBA – [marceloenpuan@gmail.com](mailto:marceloenpuan@gmail.com)

---

*Tipo de trabajo: ponencia*

---

» *Palabras claves: terrorismo - gobierno - vida - literatura - ciudad*

## › **Resumen**

Durante los numerosos e intensos años de la década pasada, las calles y puentes de la ciudad de Londres no dejaron de actualizar con cierta regularidad los fantasmas de un flujo que desafía los dispositivos de vigilancia estatales. El prehistórico cuchillo y el vehículo inadvertido devienen profundidad y estallido, respectivamente, en los cuerpos de los anónimos transeúntes, extendiéndose el terror como un acontecimiento infinito que irrumpe en las vidas de la realidad social. La población se comienza a desgranar en una serie de innumerables individuos a los que se intenta capturar a través de la reactivación -pero también de la construcción- de un conjunto histórico de anomalías que darían cuenta de las marcas del mal absoluto, en este caso, la amenaza terrorista. Este trabajo se propone, en este sentido, presentar un primer avance de investigación sobre la construcción histórica de ese fantasma en una literatura que comprende recortes de diarios, carteles del subte y otras ficciones que se leen al pasar.

## › **Presentación**

Este trabajo se focaliza en la convergencia entre lo vital y lo político en el sentido de la producción de un tipo de vida a gestionar por parte de los dispositivos de gobierno estatales. Debemos decir que estas construcciones también tienen lugar en las corporaciones, las marcas registradas y los medios de comunicación monopólicos. Todas ellas son diferentes instancias del gobierno de la conducta y la gestión del deseo de lo que llamamos población en el capitalismo tardío.

Cuando hablamos de vida nos referimos a “UNA VIDA [en tanto] inmanencia de la inmanencia, la inmanencia absoluta: es potencia, beatitud plena” (Deleuze, 2009, p. 37), a la “sobreabundancia de ser y creación” (Murillo, 2020). En cuanto a lo político, pensamos en formas de gobierno que se proponen capturar lo incapturable, lo que siempre intenta escaparse del poder, las resistencias. Instancias de poder que se proponen desarmar, desengarzar la forma-de-vida en formas de vida, la producción de un tipo de vida en el sentido de aquello que es categorizado como tal o cual cosa, aquello que está determinado, capturado. Vidas a las que se les ha negado su singularidad.

Teniendo en cuenta estas instancias de gobierno, vamos a hablar de un tipo de literatura que, de algún modo, está engarzada a la vida, una literatura construida por breves narraciones, comentarios, dichos, murmuraciones. Una literatura que, por así decirlo, se construyó a fuerza de arrancarle a la desesperación, al apuro, a la necesidad y a la desgracia algunos de sus enunciados urgentes, desprevenidos, desaforados, pero también abnegados, tristes, moribundos. Una literatura de lo que se dice y de lo que se ve, palabras y gestos con las que un puñado de existencias reales se jugaron su vida en su decir y su ver.

Son una vidas anónimas que a veces “permitían y producían un modo completamente diferente de actividad contagiosa” (Fisher, 2019, p. 43),<sup>1</sup> de circulación de saberes que evidentemente hay que capturar, y cuya captura debe servir de ejemplo de lo que no se debe hacer. Son unos saberes, o mejor dicho, unas acciones efímeras. Algo se abre, se dispersa, y se vuelve a cerrar. Son, teniendo en cuenta el título del congreso que nos reúne, “alteridades y anomalías en el territorio de la ciudad”. Vidas que introducen una alternativa donde se ha decretado que “No hay alternativa”.

Para ver un brevísimo ejemplo de cómo funciona una de estas literaturas que busca aquello que está alterado o por alterarse, o que tendría la capacidad de volverse creativo en algún momento, vamos a comparar dos textos. El primero es un precioso texto londinense colgado de las paredes del subte y de los colectivos de Londres. El segundo texto transita las manos y el suelo de las calles y subtes de la misma ciudad. Transporta suciedad y transpiración y su destino es la basura.

En 2011, sobre los muros de las estaciones, pasillos y boleterías del London Underground -y esto se extiende hasta 2013 como parte de los festejos y de la conmemoración del ciento cincuenta aniversario de la apertura del subte (1863-2013) y de la remodelación de la Picadilly Line-, aparece el siguiente texto:

SPOTTING A TICKET INSPECTOR IS EASY

THEY LOOK JUST LIKE YOU

Plain clothes inspectors operate across our network

Get caught fare evading and risk a fine of up to £ 1.000 and a criminal record

MAYOR OF LONDON<sup>2</sup>

Es muy interesante este fragmento de literatura de advertencia en el transporte público. Asistimos al síntoma del sueño utópico del orden, que se lo solía imaginar a través de pocas leyes eficaces. Pero aquí no se trata de una serie de leyes, como ocurre en las utopías del Renacimiento, por ejemplo, sino de la creación de una situación en la que un individuo, cuando comete un delito -pasar por el molinete sin marcar la

---

<sup>1</sup> La cita completa de Fisher refiere a los *fanzines*, que “permitían y producían un modo completamente diferente de actividad contagiosa que destruía la necesidad del control centralizado”.

<sup>2</sup> “Reconocer a un inspector es sencillo. Se ven como usted. Inspectores de civil operan en toda la red. Si lo encuentran evadiendo el pago del boleto, corre el riesgo de recibir una multa de hasta £ 1000 y de quedar fichado con un antecedente penal. Intendente de Londres”.

Oyster Card,<sup>3</sup> pueda ser sentenciado por esa infracción casi sin necesidad de recurrir a la justicia. Que sea culpable de hecho, y por serlo de hecho, automáticamente lo sea de derecho. La búsqueda de la perfección social en ciertas utopías descansa en la ilusión de que los gobernantes cuentan de antemano con una grilla de pasiones, codicias, egoísmos y resentimientos que provocarían determinados males precisos y conocidos. ¿Pero qué sucede cuando aparece la capacidad de variación, cuando las acciones de los individuos no son absolutamente previsibles, cuando las formas de resistencia dejan de ser calculables según el registro del pasado? ¿Cómo se resuelve la aparición de la novedad en un espacio en el que el tándem ley-disciplina es excedido? No se trata entonces de pensar nuevas técnicas que busquen resolver problemas conocidos, sino de adelantarse a lo que todavía no existe, de prever el modo de la resistencia antes de que ella misma insinúe el gesto. El ideal es, aparentemente, paradójico: neutralizar la capacidad creativa del individuo y, al mismo tiempo, utilizar los efectos de su creatividad. Para lograr dicho propósito, el Estado en este caso debería encontrar un medio eficaz que, por un lado, anule la posibilidad de variación de la población y, por el otro, registre lo que escapa a esa anulación, es decir, la creatividad.

El Estado, más que pre-evaluar para adelantarse y lograr que la población no invente, parecería estar viendo el espectáculo mismo de la resistencia para relevar el dinamismo y la invención desde una cámara de T.V. Porque las cámaras de T.V. siguen allí, y graban. Y por otra parte, el cartel, ese dispositivo de la advertencia, se encuentra auxiliado por los millones de vigilantes *ad honorem* que viajan cada día, y que evidentemente no usan uniforme, es decir, como los inspectores. El mundo se dio vuelta: el inspector no está vestido como vos, vos estás vestido como el inspector. Así que si es que existen estos inspectores, se guardan en la manga la posibilidad de actuar, o de no hacerlo, de tomarse su tiempo, de esperar que la variación tome forma. Nadie sabe quién es quién. No haber sido atrapado no significa, necesariamente, no haber sido visto. La barrera entre visibilidad e invisibilidad se torna difícil de focalizar. Lo interesante es que la resistencia, la capacidad de innovar de los sujetos, además de estar “incentivada”, es captada por una cámara que la registra ya no a fuerza de encierro, sino de libertad.

Pero esta aparente capacidad de prever, de adelantarse a lo todavía no existente se vuelve más compleja en este segundo texto que ahora mismo presentaremos y que, como decíamos al principio, no ocupa el lugar del cartel sino el de las manos, suelos y zapatos de los transeúntes londinenses.

Desde hace algún tiempo, las calles y puentes de la ciudad de Londres no dejaron de actualizar con regularidad ciertos fantasmas que desafían los dispositivos de vigilancia estatales. El cuchillo y el vehículo inadvertido devienen armas en las veredas de Londres y en los cuerpos de los anónimos transeúntes, y se extiende el terror como un acontecimiento infinito que irrumpe en la realidad social. La población se comienza a desgranar en una serie de innumerables individuos a los que se intenta capturar a través de la reactivación -pero también de la construcción- de un conjunto histórico de vidas anómalas que darían cuenta de las marcas del mal absoluto.

---

<sup>3</sup> La versión inglesa de nuestra SUBE.

Un dato literario curioso de Londres es que más allá de la explosión de la era digital y el uso de *notebooks*, celulares y tablets para leer noticias, cada mañana y cada tarde aparece la ciudad empapelada de diarios gratuitos de papel. Montones de trabajadores precarizados te enchufan gratis en cada boca del subte el diario, por ejemplo, el Evening Standard. Unos periódicos que manchan y que quedan sueltos en los asientos, deshojados, rotos, llenos de chismes de la farándula británica, de los resultados de los partidos, del clima, de la política doméstica e internacional, de las estrellas de algún reality show y otras diversas variedades. Es una literatura interesante con un soporte anacrónico que se transforma en mugre en los pisos de los vagones y andenes en no más de una hora. En esos textos suelen encontrarse enunciados arrancados a la vida de anónimos en desgracia. Es un tejido interesante porque aquí emergen unos enunciados fascinantes acerca de la construcción de las subjetividades que arman esa maraña londinense. Aquí advertiremos que el problema de incentivar la creatividad y de captar la resistencia es algo más complejo.

Antes mencionamos los cuchillos en las calles de Londres...

El lunes 2 de febrero de 2020, ya con la pandemia arribando a Gran Bretaña, y tres días después de que UK dejara Europa, un chico de 20 años, Sudesh Amman, roba un cuchillo de una tienda e intenta asesinar a dos transeúntes. ¿Recuerdan el cartel del subte que decía que reconocer a un inspector era sencillo porque iba vestido de civil, como nosotros? Algunos segundos después del intento de asesinato, sólo algunos segundos, un policía vestido de civil, como nosotros, le dispara y lo mata en plena calle. En el diario que recorre las manos y los asientos del subte aparece la foto del muchacho tendido en el suelo y los policías con el arma, pero la cara de Sudesh se encuentra pixelada.

Sudesh Amman, quien es nombrado como “the 20-year-old Islamist”, había salido de la cárcel de Belmarsh hacía tan solo unos días tras cumplir una condena por actos terroristas como distribución de manuales por internet para armar bombas. Y es ahí cuando el dispositivo pone una lámpara sobre Haleema Khan, la madre de este muchacho, y también sobre antiguos compañeros de escuela, y comienza a extraer una serie de enunciados que construyen no sólo una tipología del terrorista, sino especialmente algo así como una alerta pandémica.

En la primera portada del diario se puede leer lo siguiente:

“I want to be a terrorist when I grow up”<sup>4</sup>

Aparece la niñez y, como en un juego de quien le pregunta a un nene qué vas a ser cuando seas grande -yo quiero ser bombero, yo quiero ser policía, yo quiero ser astronauta-, aparece la respuesta radical de Sudesh, como si aquello viniera desde la cuna misma, como si fuera un destino inevitable decretado con su primer llanto. El texto agrega que sus compañeros afirman que él efectivamente había dicho esto.

Pero esa misma tirada de la tarde viene también con otra portada extra, y es ésta:

---

<sup>4</sup> “Cuando sea grande quiero ser terrorista”.

“How my boy grew up to become a terrorist”.<sup>5</sup>

Por si quedaban dudas, traen a la madre. Por supuesto, el texto viene acompañado de una fotografía del niño Sudesh comiendo una papilla. El niño que devino terrorista alguna vez comió papilla, no tenía dientes. Pero seguramente algún día después comenzó a usar el tenedor. ¿Quién mató? ¿El niño aquel con la cuchara y la papilla, el niño con el tenedor, o este otro pixelado que yacía muerto en la calle con el cuchillo?

Estos acontecimientos reabrieron, o quizás hicieron perdurar una especie de excepción sobre toda esta población de la que emerge la idea, según estos enunciados, de que ya no se puede fiar ni de un niño: Boris Johnson, el primer ministro en ese momento, preparaba una serie de reformas para mantener a los terroristas en prisión. Pero esto no es todo, el señor Mark Rowley, ex jefe de la sección antiterrorismo de la policía metropolitana, persuadió a los ministros de que “la ley podía ser cambiada de manera retroactiva para permitir que aquellos que todavía eran considerados peligrosos se quedaran en la cárcel” (*Evening Standard*, 2020, p. 4) Es decir, una especie de “detención indefinida”.

Para subrayar la aparición de esos enunciados engarzados y arrancados a la vida, es importante señalar que también aparece en el diario una lista escrita a mano con los “objetivos en la vida”, ligados a ser terrorista. Son interesantes todas estas literaturas porque, en primer lugar, no son leídas, se establecen como parte del panorama urbano, al lado de “contramano”, “frene”, “mire hacia ambos lados”, etcétera. Como lo mencionábamos al principio, se capturan enunciados en los que se juega la vida de las personas y a partir de allí se construyen una serie de clasificaciones. Pero no todo esto termina allí. Además, estas literaturas construyen toda una lógica del peligro y enfatizan la posibilidad de considerar la observación de ciertas formas de vida para prever el atentado. Construyen la certeza de que, en este caso, ser musulmán significa que existe algo latente, casi biológico, de cuna, y lo dicen con todas las letras, pero también con todas las imágenes.

Emerge en esta literatura de paredes y vagones toda una creencia -que en realidad se presenta como certeza- de que cualquier alternativa al blanco europeo no es alternativa. Es un caso paradigmático, por supuesto, pero permite construir como peligrosos modos de circulación otros, formas de vida otras que podrían escapar al control centralizado. Entonces, de algún modo, y en algún punto, nadie es no terrorista. De alguna manera, todo aquello que deambula por ahí tendría en algún punto que probar su no terrorismo. Como en el subte, todos estamos momentáneamente vestidos de civil.

---

<sup>5</sup> “Cómo mi hijo llegó a terrorista”.

## **Bibliografía**

Deleuze, G. (2009). "La inmanencia: una vida...", en Foucault, Michel, *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires, Paidós.

Fisher, M. (2019). "¿Por qué K? ", en *K-Punk, Volumen 1*. Buenos Aires, Caja negra.

Murillo, S., Pisani, A. (2020). *Algunas reflexiones para comenzar a pensar una investigación sobre neoliberalismo en clave arqueológica*. Buenos Aires, Luxemburg.

## **Fuentes**

*Evening Standard Ltd.* (2020), "West End Final", "West End Final Extra". Free London, Monday 3 February 2020.

*Transport for London* (2011).